

Hay historias que no dejan de molestarte hasta que las cuentas. Te molestan con runrunes en la barriga o con palabras que no vienen al caso...

Fue el verano más extraño de mi vida; hasta os podría decir que yo no sería el mismo si todo aquello no hubiera sucedido. Ni yo ni mi familia, claro.

Cuando mis padres me dejaron con Nicolás con la promesa de regresar en unas semanas me sentí como un paquete.

El señor Nicolás vivía solo en la planta baja y era el propietario del edificio. No es que hubiera una relación muy estrecha con él, pero seguramente descartaron las demás opciones por varias razones que pronto conoceréis.

Pero antes será mejor que me presente...

YO

Me llamo Rocco y nací con un soplo en el corazón. Eso quiere decir que, a menudo, el corazón, en vez de hacer toc, toc, toc, toc, me hace buf, toc, buf, toc, y cuando hace buf, sufre.

No corras no te canses son las palabras que más he oído decir a mamá. La dejo decir y cuando no me ve doy vueltas alrededor de la mesa de la cocina. Creo que cuando sea mayor seré corredor de fondo.

Cuando tenía tres años, me salió una pequita entre los ojos. Rúcula, la vecina del segundo, que dicen que es un poco bruja, un día que me encontró por la escalera, se me quedó mirando fijamente con sus ojos de pimienta verde y exclamó:

—¡Demonios! ¡Este niño tiene un tercer ojo!

Mamá, inquieta, me hizo entrar en casa y me dijo que no hiciera caso de aquella mujer, que tenía la cabeza llena de historias raras.

A menudo, a la hora de cenar, mamá lloraba por dentro (tenía la manía de querer una niña) y a papá le salía humo de la cabeza como si fuese una sopa. Yo tenía muchas preguntas, pero me las comía todas.

Aquel día conocí a Kiko, mi mejor amigo.

KIKO

Kiko no es un amigo como los demás. A mis padres no les gusta. Para nada. Jugamos y hablamos a escondidas. Todo esto es porque ellos no pueden verlo.

A mí me gusta porque está a mi lado siempre que lo necesito, y me divierte. Además, con Kiko puedo hablar de todas las cosas que quiero. Secretos que no contaría a nadie más.

MIS PADRES

No sé cuándo empezaron con esta manía. Querían una niña. No lo decían así, pero era eso. Y la niña no llegaba.

Me dejaron en casa de Nicolás el día que tomaron un vuelo hacia la India, de donde se suponía que me traerían una hermanita.

Hacía mucho tiempo que esperaban aquel momento. Ellos. Yo no.

Me anunciaron que irían a buscarme una hermana como si fuese un regalo y sonreían como dos avestruces:

—Yo no quiero una hermana —dije.

—Cuando la conozcas estarás contento de tenerla...

Y blablablás infinitos a fin de convencerme. Pero a mí me entraba por un oído y me salía por el otro.

—¿Acaso no tenéis suficiente conmigo? —pregunté.

Aquello les hizo gracia. A veces las cosas más serias, más profundas de uno mismo, hacen gracia a los demás. Yo creía que no la tenía, en absoluto.

Durante un tiempo me provocó un nudo en el estómago, como una piedra.

—Bebe agua y se irá deshaciendo —me decía mamá, que siempre tenía remedios para todo.

Pero no.

Ella me contaba que allí, en la India, había muchas niñas sin padres, en orfanatos, abandonadas, y demás... Cuando decía todo aquello sentía como si me estrujaran el corazón como una esponja.

—Está bien, ya lo he entendido —dije un día para que no hablasen más de ello—. Vosotros queréis una niña, pero a mí me gustaría tener un gato.

—¿Un gato? —se alarmó papá.

—Los gatos son animales poco fiables, van a su rollo y se encaraman a los tejados —observó mamá.

—Pero yo quiero un gato.

—¡Lo pensaremos! —dijeron a la vez.

De eso ya hacía muchos, muchos años, y todavía se lo estaban pensando.

Ellos, que habitualmente discutían por las tonterías más ridículas, que si los calcetines azules quedaban mejor que los naranjas, que si era mejor colgar el cuadro recto o inclinado... resulta que en lo del gato estaban absolutamente de acuerdo.

Una día llegué de la escuela llorando. Había sacado un tres en el control de francés.

Papá me miró y me dijo, muy serio:

—Todo ocurre por algo, y es bueno averiguarlo. Tú indaga, investiga. Los quejicas se quejan, se desesperan, se lamentan... Tú, no. Investiga, pregunta.

Mamá se reía:

—Qué cosas le metes en la cabeza. Le dirán que es un pesado. Las cosas más importantes de este mundo son un misterio, no se pueden averiguar, se tienen que sentir, disfrutar...

—¿Qué estás diciendo?

—¿Acaso entiendes por qué me enamoré de un hombre como tú al que le gusta ir al centro de recogida de basura? ¿O bien entiendes por qué dispararon un tiro a John Lennon? ¿Y el olor del café, lo entiendes?

Papá, a menudo se quedaba sin palabras cuando le hablaban de cuestiones que no fuesen lógicas ni palpables.

De todos modos, en este caso, no había que investigar demasiado. Simplemente me había confundido, creía que el control era de inglés y el día anterior había estado toda la tarde estudiando inglés. Y a la hora de hacer la prueba los dos idiomas chocaron, como una colisión de trenes o un cortocircuito, y salió un idioma difícil de clasificar.

UNO

(Empieza la historia de verdad)



Me quedé en el umbral de la puerta mirando una hormiga que cargaba una miga gigante de pan de camino hacia la calle. La calle era una inmensa manada de elefantes, pero ella no lo sabía. Podían pisarla en cualquier momento. Estaba en peligro de muerte. Por un momento, sentí que el corazón me latía al revés y me costaba respirar.

Nicolás me abrió la puerta, me miró los zapatos y murmuró:

—Esto se puede mejorar.

¿Se refería a los zapatos o a mí mismo? En todo caso no me dio tiempo a averiguarlo porque acto seguido dijo:

—Tengo que salir a hacer unos recados, me vendrá muy bien tener un ayudante para la vigilancia.

—¿Vigilancia? —me extrañé.

B



—Sí, toma —y me dio una libreta y un bolígrafo—. Te sientas aquí junto a la ventana y anotas a todos los que entran y salen del edificio.

—Pero... ¿a todos? ¿Los animales, como las hormigas, también?

—Hay animales más personas que las personas y personas más animales que los animales —sentenció, y desapareció por la puerta.

Era una frase que había que estudiar en profundidad, pero en aquel momento tenía otras preguntas.

—¿Y todo eso por qué? —grité al vacío.

De la ventana colgaba una cortina entreabierta que me permitía ver bien la entrada y quedar encubierto. Quiero decir que no podían verme a menos que alguien se asomara a mirar.

Me senté en la silla de madera dispuesto a hacer la tarea que Nicolás me había encargado y me olvidé de la hormiga.

Mis ojos fueron a parar al periódico que estaba sobre la mesa de la cocina. Un tigre enseñaba los dientes dentro de una jaula.